



la tercera orilla IX



“Soy joven, y sin embargo la vida está más allá de mí, se me escurre entre los dedos ardientes e inútiles.”

TOMAS VARGAS OSORIO

El poeta lo comprendería perfectamente. Igual que para Félix en *“Riel”*, aquel viaje de retorno, sería un viaje de descubrimiento: *la realidad empezaba a delinearse nítidamente. Otra vez iba a quedarse solo, solo, solo.* Sin advertirlo, había dejado adheridos a las cosas, algunos pedazos de vida y al regresar sobre sus pasos, se sorprendería alegre y rotundamente, al volverlas a hallar, porque en ellas descubriría la respuesta al hondo sentido de su angustia. La imagen oculta en esos trozos de vida se desvelaba poco a poco: *como esos carteles que pegan a las esquinas, de madrugada*, y el poeta comprendería perfectamente cómo esa sería su realidad verdadera... esta vez y definitivamente iba a quedarse solo, solo, solo:

TOMAS VARGAS OSORIO

Ha muerto †

A los 33 años, el 21 de diciembre de 1941, a las 6:30 de la tarde, se quebraría la pluma creadora de este joven poeta. En vano encararía a la Muerte en angustioso y mútilo duelo que le devolvería transitoriamente al ciclo vital, porque vencido el término, no habría más tregua, ella regresaría para llevarlo a su comarca, a su dulce y fría estancia.

Tomás Vargas Osorio era un hombre abstraído y lejano de mirada, así lo recordaba su cercano amigo, Jaime Ardila Casamitjana, de manos blancas e inteligentes, paso lento y silencioso, porte distinguido y voz delgada, que de nada se apodera, que nada recoge, que nada acumula, todo era transitorio en sus manos, porque su riqueza interior le era suficiente y eso, lo hacía parecer huraño pero aun así, inofensivo; escéptico hacia la crítica, a nadie leía y a nadie preguntaba, y sin embargo, estaba en continua comunicación con el exterior, desde su permanente trance

creador:

“La conciencia de poseer algo inestimable que, sin embargo, será el desdén de los hombres, tiene por fuerza que volverlo tímido. Ya el sino ha labrado en estos lentos trazos del recato que es orgullo vivo, y un dios que hay en él ha echado del templo a los mercaderes de la gloria. No puede ser vanidoso quien puede ser orgulloso, ni audaz el valiente, ni intrépido quien sabe que hay más útil osadía que la de saber esperar pacientemente. Y así es Tomás Vargas Osorio, que por fuera es tímido y por dentro está seguro.”

Su vida era sencilla, deambularía algunas veces, por el periodismo y otras por la política, para ganarse la vida, pero siempre retornando su lírica soledad creadora. Parecía un hombre sin prisa, pero siempre angustiado, prefería la soledad al bullicio, tímido pero deseoso de sentir el vértigo de la vida, de ser como los otros y de vencer la angustia y la soledad que le invadían, sin éxito porque ese era su destino. La muerte fue su compañera y musa, ella lo comprendiera siempre y eso le era suficiente.

Su partida definitiva dejaría huella profunda en esta tierra y éste pueblo y en quien intenta incierto cada tanto, desentrañar su pensamiento y descubrir el sentido de esos pedazos de vida que dejara adheridos a su obra:

“¿Saben ustedes lo que es el tiempo? Sin duda no lo saben ustedes que tienen esposa, una querida, un hijo. Para saber lo que es el tiempo, hay que ser solo. Fíjense que no digo estar solo; sino ser. ¿Hay alguna diferencia en esto? La soledad es saber; por ejemplo que no hay quien nos espera; sentirse sin nada sólido bajo los pies. La tierra es fría y se hunde. Porque el tiempo está dentro de uno: es sangre, nervios y piel. Ahora mi juventud es un tormento y quisiera ser viejo para que mi sangre –el tiempo- no me golpeará las sienes con estos golpecitos secos y apresurados que no puedo contar, porque al cabo se confunden en un eco hondo y opaco, como el que hace una gota persistente de agua al caer sobre cualquier lámina de metal. Pero mi juventud se agarra a mi cuerpo como una perra hambrienta, y entonces cuento los minutos, los cuartos de hora, las horas. Cuento, cuento...”

Regreso de la Muerte

El destino trágico sería su marca, en torno a el giraría su inspiración creadora y sería el resultado de la catarsis de su angustia, Tomás Vargas Osorio sabría bien, como revertirla en creación poética. Ese momento trascendental, que le llevara a transitar por los linderos de la Muerte, aumentaría la angustia vital, afloraría los cuestionamientos existenciales y del sentido de su vida en el cosmos. De esa grande experiencia nos dice Ardila Casamitjana en el prólogo a las Obras de Tomás Vargas Osorio *nace el poema más grande que salió de su alma: “Regreso de la Muerte”* .

Una muestra es este hermoso soneto *“Instante”* en el que Vargas Osorio describiría su tragedia, al sentirse perseguido por la muerte y descubrir su inmortalidad amenazada:

*Ya el trémulo campo de mis voces
yo te entregara a criba sometido;
linderos –un recuerdo y un olvido-*

para el frío trabajo de tus hoces.

*Manos, labios, pupilas, los feroces
deseos y mi sueño escarnecido,
el corazón que ya es de tí transido
y la casa sellada de mis goces.*

*Manos, labios, pupilas, lo que amas,
para tus negros yelos y tus llamas
yo te entregara, oh muerte, dulce fiera;*

*pero una nueva voz está cantando,
gota al borde de ti, mío, temblando,
y los dos esperamos a que muera.*

Es en “*De regreso de la muerte*”, donde recogería toda su experiencia trágica con la muerte y expresaría su sentimiento con la claridad de quien conoce el camino y por donde se ha de regresar, consciente de la levedad de la vida y del deseo de perennidad; el tema de la muerte que antes le atraía y seducía intuitivamente, tomaría sentido, sumado ahora a la experiencia y revertiría la fuente poética hacia una dimensión espiritual, que le devolvería el rostro de Dios. Algunos fragmentos de éste poema dicen:

*No era sombra goteando sobre el párpado.
No era silencio alzándose del labio.*

*Era luz y sonido golpeando
oído y corazón. Sangre clamando
como árbol de raíces desterradas
a la luz meridiana, como árbol
con sus hojas y nidos sepultados.
(El rostro de Dios se iba acercando).*

*“Has de cerrar los ojos, tierra estéril,
y abrir a otra luz que te conviene.
No más, ya nunca más verás la rosa
ni escucharás el trino de la alondra.
Y otoño, invierno, estío y primavera,
volverán y ya no tendrás tu venas
con qué sentir ni que un deseo pulse.
No anhelarás partir como la nube
cuando el día disuelva su diamante
en la noche”. Decía así la sangre
batida como un mar por brisas suaves.*

No le habría sido fácil, retornar a la vida, luego de visitar los linderos de la muerte, sin embargo, diría: *¡Y es que la vida es tan bella! Cuando se ha estado al borde de la muerte, a la orilla del abismo, todas las experiencias de la vida se resumen en la comprensión y conocimiento de su belleza, despertaría para disfrutar del sencillo encanto de vivir, vivir la magia de los instantes.*

Más difícil aún, resultaría para sus familiares y amigos, verlo regresar a la vida, con su estampa lívida, erguida y resignada, pero mutilada y mal acompañada. Carlos Martín recuerda: *Fue difícil para nosotros familiarizarnos con esa presencia mutilada en que la discreta actitud yacía quebrada por el difícil avance, mal acompañado al golpe de las muletas sobre el pavimento.*

Su expresión poética se intensificaría en lo esencial y trascendente, vendrían nueve poemas para “Piedra y Cielo”, otros doce que se incluyen en “Un hombre sueña”, también el ensayo “Huella en el barro”, y “La familia de la angustia”, que saldría a la luz, seis días antes de su muerte.

Piedra y Cielo

El movimiento Piedra y Cielo, había surgido como una hazaña de jóvenes escritores colombianos, nacidos entre 1905 y 1915, y que habían dado a conocer sus publicaciones, entre los años 1935 a 1940; con actitud renovadora habían agitado el remansado ambiente literario del país y mostraban una marcada influencia de Valéry, Rilke, Eliot, Breton y Eluard y en general de las últimas manifestaciones de la poética española y americana.

Tomás Vargas Osorio perteneció desde un comienzo al grupo de poetas que integró Piedra y Cielo, del que también formarían parte Carlos Martín, Jorge Rojas, Eduardo Carranza, Arturo Camacho, Aurelio Arturo, Gerardo Valencia y Darío Samper. El grupo perseguía una poesía de esperanza y de realidad, donde se aunara lo lírico y lo épico, y para ello se requería un fuerza colectiva, que revelara el inmenso estado del alma misteriosa de este pueblo, comenta Carlos Martín :

“Nuestra América, sus ríos y sus montañas, sus llanuras y sus ciudades, su entraña primordial de donde salen los ritos milenarios, la experiencia de su mestizaje, la nostalgia y el sueño de sus gentes entre las lianas y las orquídeas de la selva o en lucha cruenta en los espacios desolados o en los desiertos de piedra, bajo la música de su inmensidad, es un tema para varias voces.”

Ninguno de los integrantes del movimiento, escaparía a la fascinación por el tema de la muerte; pero, a diferencia de otros autores, que lo consideraron ya entrada su madurez literaria, para Tomás Vargas Osorio, intuitivamente el tema de la muerte, habría sido materia prima desde los albores de su creación poética; por supuesto, también le preocuparían otros temas relacionados con el conflicto de su tiempo, su dramática problematicidad y se interrogaría en torno a las perspectivas de nuestra tierra, y sin embargo, todos de cualquier forma, también confluían hacia el sentimiento de angustia que le conducirían por los caminos de la filosofía. A esto refiere Otto Morales Benítez:

“Tomás Vargas Osorio sólo trató de cavilar acerca del problema de su generación frente a los convulsionados motivos de su época: el amor, la soledad, el destino, la muerte, el silencio, la derrota del humanismo y del racionalismo, la angustia que la engendra el hecho de operar con valores relativos, que nada dicen a la estabilidad que reclama la existencia...”

En su plenitud literaria, plantearía el tema de la muerte para los nuevos poetas, como una posada obligatoria en su tránsito hacia la madurez literaria y sostendría que, mientras la muerte era un síntoma melancólico para otros, para él era un síntoma de descubrimiento de su personalidad literaria. Consciente de la inevitabilidad de la muerte, concluía: *“nace la evidencia de que solo*

la obra puede separarnos de la muerte abstracta –la muerte de todos- que es la más temible; porque hasta cierto punto la muerte particular es una obra nuestra.”

Tomás Vargas Osorio comprendería su responsabilidad poética y se convencería que ante el hecho de afrontar la muerte, sólo la obra le apartaría de ella, de la muerte abstracta, de la muerte de todos, de la más temible para los poetas y reconocería que aunque para algunos fuera un síntoma de melancolía, para él era un síntoma de descubrimiento.

Por su inclinación hacia el tema de la Muerte sería catalogado como el poeta de la Angustia, por los mismos piedracielistas. A respecto Carlos Martín, dice:

“Tomás fue el poeta de la angustia. Lo que la mayoría de sus compañeros lograron, de regreso, mediante una evolución que los llevó a la madurez del temeroso otoño, después de haber cantado jubilosamente a las a las muchachas frágiles y esquivas, él, desde su iniciación poética, se inclinó sobre el dolor humano, cantó con hondo estremecimiento, la zozobra del corazón y de la muerte, frente a lo desconocido...”

Sin duda, la muerte sería el más estrecho cerco ante el cual se verían abocados los poetas de su generación, por ello su actitud siempre atenta y segura de conocimiento ante el presagio inminente de su proximidad:

*“La muerte es un país verde
con un pájaro cantando en esa rama última
que tiembla de azul frío.
¿Hace frío en la suave pradera?
Gotas dulces y frescas de las móviles frondas
del viento, de las nubes, del viento,
bajarán a calmar la fría sed de los huesos.”*

Influencias

verdadero, al hombre angustiado y contradictorio, el hombre de carne y hueso, sería esencial punto de partida para su creación literaria. Ardila Casamitjana afirma:

“En la obra de aquel alucinado empezaba la formidable derrota del sentido común, la batalla contra el racionalismo, la guerra a muerte contra el entendimiento. Por primera vez, los hombres podían ver lo más espantable de sus destinos, lo más bajo. El origen de los apetitos, la fuente de las pasiones, lo inexplicable de todo, lo absolutamente fortuito, el antagonismo trascendental del hombre...Desde entonces apareció el hombre tal como es: contradictorio, solo, angustiado, sometido a millones de fuerzas extrañas...”

Pero, Miguel de Unamuno sería quien lo edifica y fortalece en la desolación de lo real, a lo cual ha sido compelido por los magnos creadores. Cuenta Ardila Casamitjana que esa experiencia real de cercanía con lo desconocido, le elevan espiritualmente y le acercan al rostro de Dios, en quien se fortalece para enfrentar esa angustia vital, de forma tranquila y confiada. Y continúa diciendo: *La angustia es la garantía de la inmortalidad, es el sentimiento vivo de lo eterno. Dios es necesario. El hombre debe quebrantar su soberbia y abandonar en esto el camino de la lógica, que es un sendero falso, pero por la ruta de los sentimientos, de las necesidades*

interiores, se irá más allá.

Para Unamuno, la angustia y el anhelo se debatían entre los problemas de la inmortalidad y la existencia de Dios. Para él, el sentido de la realidad de la vida, el de la inmortalidad del alma se asimilarían mejor por medio del simbolismo, la metáfora, la poesía, la intuición sentimental o afectiva, vías por las que se debería caminar en completa soledad y cada cual, reviviría sus creencias, cada cual aspiraría a encontrar y justificar los motivos de su propia verdad.

“No es necesidad racional, sino angustia vital, lo que nos lleva a creer en Dios. Y creer en Dios es ante todo y sobre todo, he de repetirlo, sentir hambre de Dios, hambre de divinidad, sentir su ausencia y vacío, querer que Dios exista. Y es querer la finalidad humana del Universo.”

Vargas Osorio capturaría esos nuevos signos de su tiempo hacia los cuales viraba la nueva narrativa hispanoamericana, orientados hacia el camino del existencialismo. Angustia esperanzada, que buscaba salidas a la realidad. Del autoconocimiento surgiría una expresión poética aferrada a la existencia de Dios como garantía de inmortalidad, tornaría en una actitud profundamente religiosa frente a la muerte y le permitiría a la fe, triunfar sobre la razón, como se lee en estos fragmentos del poema

De Regreso de la Muerte:

*Las oscuras arterias, anegadas
fueron de Dios por la marea clara
de sus ojos –zafiro diluido-:
más azules que el alma del estío.
¿Dónde ahora la sangre turbulenta
que amó y odió, ya dulce y ora fiera,
que edificó ciudades de deseo?
Se derrumbaron éstas, arrasadas:
No quedó ni el lugar de una palabra.
Pétreas, albas ciudades de silencio
se alzaron. Como un cuervo huyó el deseo
y sólo quedó sitio para el alma.*

La búsqueda de respuestas a los problemas del hombre y de la vida y la necesidad de llegar al fondo de su experiencia para conocerse y expresarlo, también le llevaría por los terrenos de la filosofía; estudiaría con ánimo crítico las corrientes filosóficas predominantes de su convulsionada época: Nietzsche, Comte, Marx iniciados a su vez por Goethe y Hegel, y por Dostoievski y Tolstoi, y expondría sus reflexiones intelectuales en el ensayo, que ellos integrarían en *La Familia de la Angustia*, publicada pocos días antes de su muerte.

“Se acentúa en nuestros días la revisión de los valores filosóficos y científicos de la escuela humanística. La controversia motivada por esta revisión inexorable constituye la totalidad de la vida intelectual contemporánea y será parte muy importante de la venidera... Este pequeño ensayo aspira a dar una idea de ese movimiento.”

Serían en realidad dos familias, las que representarían las dos clases de hombres que han actuado en la historia, los unos, los de Nietzsche, exaltarían el valor supremo de la vida, negando al humanismo, proclamarían la teoría del eterno retorno en búsqueda del superhombre. Los otros, los de Marx, inclinados hacia la doctrina ancestral judía, hacia ese pueblo disperso y vencido, de fe milenaria que dominará la tierra, inclinados hacia el infrahombre como ser colectivo.

“No, ninguna de estas dos soluciones. Ni el paganismo bárbaro de los estados totalitarios, ni el racionalismo materialista del comunismo, podemos aceptar quienes amamos al hombre por lo que es y no por su representación, por su espíritu y por su carne al mismo tiempo y no por su idea y su concepto. Ambas soluciones implican la renuncia del hombre a su propia vida individual, a su problemática, a su conflicto interior, a su unidad y a sus fines históricos. Y este renunciamiento no es en modo alguno la solución que debe darse a los problemas humanos.”

Vargas Osorio descubriría al hombre como un ser enfermo de miedo, de miedo ante la vida y también ante la muerte, y su historia como un movimiento de retirada cobarde frente a sus grandes problemas; dilucidaría el sentido trágico de la vida actual, en la incapacidad del hombre para decidirse por una u otra, de estas dos grandes familias, porque ninguna proveía una solución efectiva a esos problemas esenciales del hombre: la vida y la muerte: *El hombre habrá de salir por sí mismo, solo y sin ayuda, de este callejón.*

Descubriría desde su propia sustancia, que en la plenitud y en la rebosante conciencia de vivir, es cuando el hombre restablece ese vínculo con la vida y con el mundo, y por tanto con Dios: *Es decir, resuelve los dos problemas esenciales a su ser – la vida y la muerte- y la paz del espíritu descende sobre él, y sobre esa base de convencimiento de Dios está la vida, pero que también él, permanece con la muerte, así es como el hombre se podría enfrentar con tranquilidad a lo desconocido, a sus problemas trascendentales y a su angustia.*

Una tranquilidad necesaria para percibir la muerte y poder recrearla en su obra, como en este fragmento tomado de “Vértigo” en “Vidas menores”, su primer libro en prosa:

“El sabía cuando la muerte estaba cerca. Primero sentía precipitarse un poco el hervor de la sangre en las sienes. Ondas cálidas, espesas, le ascendían velozmente al cerebro, produciéndole en sus tejidos un dolor vago y suave. En los oídos empezaba entonces a trabajar una abeja oscura. Y luego la parálisis iba extendiéndose por todo su cuerpo, ciñéndole con unos dedos huesosos y fríos los tobillos, las rodillas, los codos, oprimiéndole el corazón. No funcionaban las articulaciones; las yemas de los dedos parecían hincharse, cubriéndose de un morado lívido, y la garganta se secaba como un viejo cauce de piedra. Un instante el corazón suspendía su ritmo y las arterias se encogían en nudos apretados y deformes. Las cosas se iban desvaneciendo formando una rueda inmensa, que se alejaba recortando cada vez más su círculo negro. ¡Oh!

Bibliografía

MARTIN, Carlos. Bogotá. Procultura, 1990. 95p.

MARTIN, Carlos. Piedra y cielo en la Poesía Hispanoamericana. Van Goor Zonen, 1962. 77p.

MORALES BENITEZ, Otto. Estudios Críticos. Plaza y Janés, 1986. 239p.

ROJAS, Jorge. Biblioteca Colombiana de Cultura, 1972. 161p.

VARGAS OSORIO, Tomás. OBRAS DE TOMAS VARGAS OSORIO. Bucaramanga, Imprenta del Departamento, 1944. 412p.

ARDILA CASAMITJANA, JAIME. Prólogo a Obras de Tomás Vargas Osorio. Tomo I. Imprenta del Departamento, p.36.

Ibíd. p.36.

Ibíd. p.37.

UNAMUNO, Miguel de. Del Sentimiento Trágico de la Vida. La Agonía del Cristianismo. P 226. Disponible en Línea en <http://books.google.com.co/>

ROJAS, Jorge. Cuadernos de Piedra y Cielo. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1972. p.111.

VARGAS OSORIO, Tomás. Obras de Tomás Vargas Osorio. Prólogo a la familia de la Angustia. Imprenta del Departamento. Pág. 337.

VARGAS OSORIO, Tomás. Obras de Tomás Vargas Osorio. La Familia de la Angustia. Imprenta del Departamento. p.359.

Ibíd. p.370

Ibíd. p.374

VARGAS OSORIO, Tomás. Obras de Tomás Vargas Osorio. Vidas Menores: Vértigo. Imprenta del Departamento. p.118.

Jaime Ardila Casamitjana cuenta en el Prólogo a las *Obras de Tomás Vargas Osorio* que sería Dostoievski quien primero influyera en su pensamiento y quien le abriera *el mundo de lo misterioso y lo trágico, es decir el mundo de lo real*. Descubrir con Dostoievski al hombre

ROJAS, Jorge. Cuadernos de Piedra y Cielo. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1972. p.110.

MARTIN, Carlos. Tomás Vargas Osorio por Carlos Martín. Procultura, p.11.

Ibíd. p.12.

MARTIN, Carlos. Piedra y Cielo en la poesía hispanoamericana. Van Goor Zonen. P.33

MORALES BENITEZ, Otto. Estudios Críticos. Plaza y Janés. p.26.

MARTIN, Carlos. Tomás Vargas Osorio por Carlos Martín. Procultura. p.18.

Ibíd. p.18.

ROJAS, Jorge. Cuadernos de Piedra y Cielo. Instituto Colombiano de Cultura. p.100

VARGAS Osorio, Tomás. Riel en Vidas Menores, Obras de Tomás Vargas Osorio. Tomo I. Imprenta del Departamento. p.77.

Ibíd. p94.

Ibíd. p.110.

ARDILA CASAMITJANA, Jaime. Estudio Preliminar en Obras de Tomás Vargas Osorio. Tomo I. Imprenta del Departamento. p.16.

VARGAS Osorio, Tomás. Riel en Vidas Menores, Obras de Tomás Vargas Osorio. Tomo I. Imprenta del Departamento. p.102.

ARDILA CASAMITJANA, Jaime. Prólogo a Obras de Tomás Vargas Osorio . Imprenta del Departamento. p.57

ROJAS, Jorge. Cuadernos de Piedra y Cielo. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1972. p.96.

